

Orfanato

Traducción:
Antonio Calvario



Robert Buettner

*Para el sargento instructor DeArthur Burgess,
dondequiera que lo hayan llevado los
vientos de la guerra, y para todas
las demás personas especiales.*

Agradecimientos

Por la oportunidad y por su sabiduría y su entusiasmo, quiero dar las gracias a mi editor, Devi Pillai, y al director editorial Jaime Levine. Gracias, por la perfección, a Anna Maria Piluso; por una estelar dirección artística a Don Puckey; a Joey Severiano por contar el mundo; a Sara Schweger por la corrección y a todos los demás de la editorial Warner que han contribuido tanto al proyecto.

Gracias a la mejor representante que hay entre las órbitas de Mercurio y Júpiter, Winifred Golden, por todo eso y mucho más; y al mejor dibujante de portadas de todos cuantos viven en este planeta, Fred Gambino.

A los prudentes amigos del ejército y la NASA, que me han ayudado a mantenerme dentro de los límites de la tecnología, muchas gracias. Vosotros sabéis quiénes sois.

A la banda de Capitol Hill y el Boulder Bunch, miembros pasados y presentes, cuyas afiladas críticas han ayudado a hacer este libro, gracias. Os llega vuestro turno.

Mi eterna gratitud para Robert A. Heinlein por su inspiración, y para Joe Haldeman por eso y por su generosa humanidad.

Y lo más importante de todo, a Mary Beth, gracias por todo lo de arriba y por todas las demás cosas que importan.

Marinemos hombro con hombro por las redes de carga hasta las lanchas de desembarco que cabeceaban en las aguas del Canal. Las botas de cada soldado, empapadas de salitre y agua de mar, chorreaban sobre el compañero que iba debajo. En ese momento me di cuenta de que no luchamos por banderas ni contra tiranos, sino por nuestros compañeros. En lo que me quede de vida, aquellos casi desconocidos que se encontraban a mi alrededor serán mi única familia. Quitada la política y, sea donde sea, o sea cuando sea, la guerra es un orfanato.

—Fragmento de una carta anónima recuperada en la playa de Omaha, Normandía, junio de 1944.

—El sol saldrá... mañana... —Dice nuestra piloto por el micrófono para hacerse oír en la cabina a diecisiete grados bajo cero, cuyo aire está enturbiado por el aliento de cuatrocientos soldados de infantería. Y por los olores del aceite para las armas, el vómito y el miedo. El sol no llega hasta aquí. En la órbita de Júpiter no es más que un pálido puntito. La broma es lo bastante graciosa como para hacerme sonreír mientras mis manos tiemblan en el rifle que tengo apoyado en las rodillas. Soy el especialista de cuarta categoría Jason Wander, uno de los afortunados huérfanos que dentro de una hora van a salvar a la raza humana o a morir intentándolo.

Estamos sentados con el casco puesto, en filas enfrentadas, cara a cara, de forma que las luces rojas de la cabina nos iluminan como si fuéramos huevos colocados en la incubadora del diablo. Los uniformes calentados con baterías de eternad nos protegen en una cabina que se ha enfriado hasta la temperatura de superficie, generada por nuestros enemigos ciento cincuenta kilómetros por debajo de nosotros.

Nuestras espaldas se adaptan al casco presurizado de la «nave» que mantiene fuera el vacío. ¿Nave? Y una mierda. Es el fuselaje de un Boeing 767, recuperado de un accidente en el desierto de Arizona y pegado a un paracaídas aerodinámico reforzado para llevarnos desde la nave nodriza hasta la superficie. Al igual que la mayoría de las antigallas del siglo XX con las que contamos para com-

batir en esta guerra del 2040, se construyó cuando *Annie* todavía era un musical que se representaba en vivo, antes del cambio de milenio.

La luz roja de la cabina nos ayuda a conservar la visión nocturna. Ciento cincuenta kilómetros por debajo de nuestra órbita, siempre es de noche en Ganímedes. O al menos eso dicen los astrónomos.

Seremos los primeros humanos en verlo. Si es que este casco maltrecho no revienta en el vacío o se funde cuando atravesemos la atmósfera artificial que las babosas han instalado en la roca de abajo. Si es que no nos estrellamos contra Ganímedes como maniqués de pruebas de accidentes. Si es que nuestras armas pueden matar a las babosas que nos esperan allí abajo.

¿Y quién puede saberlo, si yo soy el único que ha visto babosas vivas?

Siento el calor y los temblores de mi artillera, que está sentada a mi lado con su rosario musulmán, rezando como si le fuera la vida en ello. Sí. Mi superior inmediata es una chiquilla egipcia de metro cincuenta. Pero sabe disparar.

Me rechinan los dientes. Cierro mi mano sobre el rosario y este deja de tintinear. Es improbable que un agnóstico como yo reciba ayuda divina. Supongo que tan improbable como que unas babosas pseudocefalópodos de fuera del sistema solar acampen en la mayor de las lunas de Júpiter y empiecen a matar a millones de personas bombardeando la Tierra desde allí.

Dicen que la vida de un soldado de infantería es un aburrimiento interrumpido por breves periodos de puro terror. Después de seiscientos días viajando en el tubo de metal de más de un kilómetro de la nave nodriza, estar por fin en la nave de desembarco me suelta las tripas a pesar de que yo mismo he pedido estar aquí.

Todos lo hemos pedido. Hubo tantos voluntarios para la Fuerza Expedicionaria Ganímedes que solo aceptaron a diez mil soldados que habían perdido a toda su familia. Munchkin, mi artillera, perdió a sus padres y a sus seis

hermanas por culpa del proyectil que alcanzó El Cairo. Yo soy hijo único y el proyectil de Indianápolis se llevó a mi único progenitor vivo. Cosas así se consideran afortunadas hoy en día.

Así que los medios de comunicación nos llaman la Cruzada de los Huérfanos.

Munchkin odia la palabra «Cruzada» por sus connotaciones para los musulmanes como ella. Así que nos llama «la última esperanza de la humanidad».

El sargento de nuestro pelotón tiene experiencia de combate, por eso nos llama «carne». Dice que lo de orfanato es verdad porque en combate tu única familia son estos extraños que te ha asignado el Gobierno.

Los intercomunicadores chirrían con la estática.

—Inicio de secuencia de lanzamiento a mi señal... ¡Ya! Alguien solloza.

La nave nodriza libera las veinte naves de desembarco como si fueran semillas de diente de león. Las luces rojas parpadean por espacio de un latido, cuando pasamos a electricidad interna. El cordón umbilical araña el casco como unos grilletes abiertos.

Del mismo modo que empezó esta historia para mí, una semana después de mi decimoctavo cumpleaños.

—Al juez no le gustan las esposas en su despacho.

El alguacil del tribunal de menores de la ciudad y condado de Denver se inclinó y me quitó los grilletes metálicos de las muñecas. Me miró fijamente, sobre todo la sangre seca que tenía en el labio donde había recibido el codazo.

—Estoy tranquilo. —Ya no me tenía ganas de pegar a nadie, pero tampoco estaba tranquilo.

Aquella mañana me habían retirado los sedantes, excepto el Prozac II, por supuesto, para ponerme a tono para la vista. Hacía dos semanas que mi madre, de visita en Indianápolis, había muerto cuando la ciudad voló por los aires. También hacía dos semanas de que le había zurrado a mi profesora. Los servicios sociales, perceptivos como lince, llegaron a la conclusión de que quizá mi pérdida y la paliza estuvieran relacionadas.

El alguacil llamó, abrió la puerta y me hizo pasar. Así conocí al honorable Dickie Rosewood March. En la oficina solo estábamos el juez y yo. Él llevaba un traje gris a juego con su pelo, estirado sobre unos hombros de boxeador. Nada de togas. El mobiliario era antiguo. Incluso tenía un ordenador con una de esas cajas con pantalla de televisión y un teclado. Aquello tenía que ser la leche para él, porque tenía la manga derecha cogida al hombro con un alfiler. En la mano que le quedaba tenía una carpetilla con papeles. ¿Mi ficha?

La silla crujió cuando levantó la vista.

—Señor Wander.

—¿Señor?

—¿Te burlas de mí?

—¿Señor?

—Los de tu generación nunca llaman «señor» a los veteranos.

—Yo llamaba «señor» a mi padre, señor.

Si el efecto de los medicamentos se me hubiera pasado realmente, aquello me habría hecho llorar. Aunque mi padre llevaba diez años muerto.

Volvió a mirar mi expediente.

—Lo siento. Tu cortesía resulta apropiada, hasta generosa, considerando las circunstancias.

—¿Cuánto tiempo me han tenido sedado?

—Dos semanas. Dos semanas desde que el primer proyectil cayó en Indianápolis. ¿Por qué demonios fuiste a la escuela al día siguiente? Estarías conmocionado.

Me encogí de hombros.

—Mi madre me dijo que no se me ocurriera faltar a clase mientras ella estaba fuera. ¿A qué se refiere con «primer proyectil»

—Jason, desde el incidente con tu profesora nos encontramos en guerra. Nueva Orleans, Phoenix, El Cairo y Yakarta también han sido destruidas. Aplastadas por proyectiles del tamaño del edificio Chrysler. Bombas nucleares no. Al principio todo el mundo pensó que se trataba de una bomba. Terrorismo antiamericano.

—Eso fue lo que dijo mi profesora. Que los americanos de Indianápolis merecían morir por cómo tratábamos al Tercer Mundo. Entonces fue cuando le aticé.

El juez resopló.

—Yo también le habría atizado. Esos proyectiles venían del espacio. Júpiter. Y vienen más. —El anciano se atragantó y sacudió la cabeza—. Veinte millones de muertos. —Se quitó las gafas y se enjugó las lágrimas con la mano.

¿Veinte millones? Yo solo conocía a una, pero también se me saltaron las lágrimas.

Su mirada se suavizó.

—Hijo, tus problemas son una gota en el océano. Pero nos corresponde a ti y a mí ocuparnos de ellos. —Se aferró a mi expediente como si fuera un salvavidas y suspiró—. Tienes edad suficiente para que se te presenten cargos por agresión como adulto. Pero tus circunstancias personales son atenuantes. Tu casa estaba apercebida de desahucio antes incluso de que yo oyera hablar de ti. El proceso ya se ha ejecutado. Desahucio por impago.

Me sentí mareado.

—¿No tengo casa?

—Vuestros efectos personales han sido almacenados. ¿Tienes algún pariente con el que vivir?

La tía abuela de mamá nos mandaba una felicitación todas las navidades, de esas antiguas en papel, con algún mensaje chistoso impreso. La del año pasado venía con el remite de un asilo de ancianos. Negué con la cabeza.

Se pasó la enorme mano por delante del torso y agarró con fuerza la manga suelta que llevaba prendida al hombro con un alfiler. Me miró fijamente.

—¿Sabes cómo perdí este brazo?

Me quedé helado. ¿Dándo una paliza a algún abogado defensor? Me di cuenta de que no esperaba que yo conociera la respuesta. Me relajé.

—No, señor.

—La segunda guerra Afgana. El ejército podría canalizar tu ira y la disciplina tampoco te vendría mal. El tribunal tiene amplios poderes a la hora de dictar sentencia. Y esta es una guerra justa. ¿Has pensado en alistarte?

Se recostó en el asiento y tamborileó con los dedos sobre un pisapapeles. Era algo parecido a una bala. Puede que fuese un diente de dinosaurio. Hacía ya años que el ejército se había convertido en algo así como una tubería de desagüe. Necesario, desagradable y fuera de la vista. Y no es que se pudiera culpar a la gente. Los años de

terrorismo habían dado paso a la *Pax Americana*. Todo el mundo quería comprarse holovisores nuevos, viajar en avión con tarifas baratas y que los dejaran en paz. En la lucha entre los cañones y la mantequilla había ganado la mantequilla. ¿El ejército? No era para mí.

—¿Qué opinas, Jason?

Entorné los ojos. Desde que se inventaron las prótesis orgánicas, nadie tenía que exhibir un muñón. ¿El juez March sería un agente de reclutamiento o una oportunidad?

—Opino que no quiero ir a la cárcel.

—Tomaré eso como una negativa al alistamiento. ¿Crees que se han acabado ya tus episodios violentos, Jason?

—No lo sé. Ahora mismo no siento ganas de golpear a nadie. —Estaba embotado por el Prozac II y todo lo demás que me habían metido. O lo estaba por lo que me había dicho.

Él asintió.

—Tu ficha dice que nunca te habías metido en líos. ¿Es eso cierto?

Supuse que se refería a cosas como robo a mano armada, no a lo de la tarta en la cafetería con Metzger. Asentí.

—Jason, voy a sobreeser el asunto. Eres demasiado mayor para ir a un hogar de acogida, pero alteraré la fecha de los documentos y te colaré con una familia. Al menos tendrás un techo sobre la cabeza.

Me encogí de hombros mientras escribía en mi ficha con un bolígrafo.

Tocó un timbre y el alguacil volvió y me hizo salir. Cuando cruzaba la puerta, el juez March me dijo:

—Buena suerte y que Dios te bendiga, Jason. No quiero volver a verte.

Tres semanas más tarde, el juez March volvió a verme y no precisamente porque yo quisiera. Esta vez no fue una visita a su oficina. El alguacil hizo la llamada para que todo el mundo se levantara cuando el juez March entró con su

toga ondeando en el juzgado. Se sentó entre dos banderas americanas y me miró a través de las gafas con una mueca de disgusto.

Yo miré por la ventana y vi los árboles sin hojas. Hacía unas semanas, la diferencia entre el día y la noche eran el azul y el negro del cielo. Ahora, los proyectiles habían vomitado el polvo del impacto a la estratosfera y el día y la noche no eran más que tonalidades distintas de gris. Se decía que la lluvia y las cosechas desaparecerían durante años. La gente empezaba a almacenar brécoles.

Estábamos en guerra con alguien que no conocíamos, que quería matarnos por unos motivos que no entendíamos, y lo único que podíamos hacer era retrasar el fin del mundo. Y aferrarnos a los estúpidos rituales de la sociedad.

—¿Rompió las ventanas de la casa de acogida con un bate de béisbol y agredió al agente que intentaba detenerle?

—El mundo es una mierda.

El juez March miró al techo.

—Igual que una celda en Canon City, señor Wander.

Señor Wander. ¿Qué había pasado con Jason, el colega del juez? Tragué saliva.

La puerta de la sala se abrió y se cerró a mis espaldas, y yo me di la vuelta para ver quién había entrado. En el pasillo entre los bancos había un tipo vestido con un uniforme verde, cuya barbilla y cuero cabelludo habían sido afeitados tan a conciencia que tenían un aspecto azulado. Estaba en posición de firmes y llevaba bajo el brazo un folleto de reclutamiento.

El juez March me miró desde el estrado.

—Tú decides, hijo.

3

El juez estuvo cinco minutos asegurándome que si decidía alistarme y dejaba el ejército al poco tiempo, me iría muy mal.

Luego, el sargento de reclutamiento y yo nos sentamos en un banco, en un pasillo del tribunal que olía a desinfectante. Tuvo que levantar la voz para hacerse oír por encima del eco de las quejas de los *yonquis* esposados que retumbaban en las paredes de mármol de color rosa vómito.

—Firma aquí, aquí y aquí, Jason. Luego hablaremos de qué arma prefieres.

Arma. Y una leche. Lo que yo prefería era que el juez March no me encarcelase con tipos que habían violado a sus madres y parricidas y luego tirase la llave. Cogí el bolígrafo, firmé y eché una ojeada al pecho del sargento. Cintas de medalla, alas de paracaidista. Me pareció que tenía un aspecto bastante chulo.

Señalé con el bolígrafo una de las insignias, larga y delgada, de color azul, con un mosquete antiguo bordado en el centro.

—¿Esa cuál es?

—La única que importa. ICI. Insignia de combate de la infantería. Significa que has entrado en combate.

—¿Hay que pertenecer a la infantería para conseguir una de esas?

Negó con la cabeza.

—Hay que entrar en combate. Pero la mejor forma de conseguirlo es pertenecer a la infantería.

—¿Pero eso no consiste en hacer marchas y tal?

—Todo el mundo hace marchas. La infantería marcha por un motivo. Es el arma a la que yo pertenezco. La reina del campo de batalla.

Realmente tenía un aspecto muy chulo, con la boina metida debajo del portagalones. A menos que el ejército tuviera un arma de sexo y *rock and roll*, a mí me parecía todo el mismo verde oliva. Y, como a cualquier nativo de Colorado, me gustaba pasear por el campo. Marqué la casilla de «Infantería» y el sargento, la reina y yo compartimos un momento especial. El momento duró justo el tiempo que a él le hizo falta para despegar y doblar las copias amarillas de mi documento de alistamiento.

Me quedaba todo un mes para cascármela antes de que, según mis órdenes, me tocara presentarme para la instrucción básica. La única familia de acogida que me aceptó fueron los Ryan. El señor Ryan se pasaba las horas muertas en el jardín viendo sus árboles. Los había plantado en el cambio de siglo y se habían vuelto tan viejos y frágiles como él. Se les cayeron las hojas cuando el polvo oscureció el cielo.

Todos los domingos por la mañana, la señora Ryan se iba a la iglesia caminando a paso vivo mientras el señor Ryan se quedaba en el salón enganchado al previo del partido. Parecían muy normales.

La señora Ryan me acercó un cuenco estilo fin de siglo, probablemente de plástico, desde el otro lado de la mesa de la cocina.

—¿Más guisantes, Jason? Son los últimos frescos que nos quedan. A partir de mañana serán congelados. — Frunció el ceño—. Después de eso ya no sé.

Yo negué con la cabeza. Ella ofreció los guisantes al señor Ryan.

Este gruñó y siguió viendo la tele. Sí, la tele. El polvo en la atmósfera arruinaba las señales de holovisión, pero

el tendido de los tiempos de la televisión por cable seguía enterrado en su sitio. Así que si tenías un televisor antiguo con su tubo de rayos catódicos —y los que los Ryan no tuvieran solo se podían encontrar en el Instituto Smithsonian— podías seguir viendo las noticias.

La tele es como la holovisión, pero plana. Uno se acostumbra pronto.

El presentador le preguntó a un científico:

—¿Ganímedes?

El profesor señaló con un puntero a un holograma que flotaba entre ambos sobre la mesa del estudio, una roca que giraba lentamente.

—La luna más grande de Júpiter. Más grande que nuestra Luna pero aun así con una gravedad inferior a la de la Tierra. El único otro sitio del sistema solar con presencia de agua líquida. Por supuesto, en Ganímedes se encuentra a gran profundidad. Esta imagen fue obtenida por la sonda Galileo hace treinta y siete años, en el año 2000. Ganímedes se ve nítidamente. Entonces no estaba rodeada de un halo. No había atmósfera, simplemente hilillos de ozono y oxígeno. —Hizo girar la silla y señaló una imagen gemela que había al lado de la primera. Esta tenía los contornos difusos—. La segunda imagen, tomada por un telescopio, tiene una semana de antigüedad. ¡*Voilà!* ¡Atmósfera!

—¿Y eso significa, doctor?

—Que esos extraterrestres han establecido una base avanzada en Ganímedes. Han generado una atmósfera planetaria completa.

—¿Y qué quiere decir eso? —El presentador frunció el ceño.

—Que desean un mundo con agua y atmósfera. Y ese es el motivo de que nos ataquen con proyectiles no nucleares. Son lo bastante grandes como para destruirnos lentamente, pero lo bastante limpios y pequeños para permitir que la Tierra se libere de un verdadero «invierno nuclear».

—¿No desean un artículo deteriorado permanentemente?

El científico de la tele asintió.

El señor Ryan movió el tenedor en el aire.

—¡Pues que manden a los marines allá arriba! ¡Ellos sí que iban a deteriorar más de un artículo!

El señor Ryan estaba muy molesto por lo de sus árboles. Pero la raza humana no podía mandar ni un hámster a Júpiter. No habíamos tenido el material necesario ni las ganas de mandar a una persona más allá de la Luna desde los años setenta del siglo XX, así que atacar a una raza capaz de poner aire acondicionado a un planeta entero era una absoluta utopía.

—Walter, una maldad no cancela otra. —La señora Ryan estaba metiendo los guisantes en una fiamblera uno a uno, como si fueran perlas.

El señor Ryan apretó la mandíbula como llevaba haciendo toda la vida.

El presentador miró a la cámara.

—Y después de la publicidad: la falta de preparación militar. ¿Peor que en Pearl Harbour?

El señor Ryan apagó el televisor.

—Prefiero leer el periódico.

La publicación de las noticias diarias en papel se había reanudado. Los ecologistas no incordiaban porque los árboles estaban muriendo de todas formas.

El señor Ryan se volvió hacia mí.

—¿Qué arma has elegido?

—La reina del campo de batalla. —Sonaba güay.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡La infantería?

Oh, oh.

—Me lo recomendó el sargento. Yo no tenía ni idea. Fue lo primero que se me ocurrió. Además, si vamos a ganar esta guerra, serán los pilotos quienes lo hagan.

De hecho, yo ya lo había pensado. Las Naciones Unidas habían empezado a organizar una Fuerza Espacial. Pero había que ser un genio de las matemáticas como Metzger

para que te dejaran entrar. Mis notas en los exámenes de letras eran lo suficientemente altas como para no tener que ir a diario al orientador para que me hablara de la tragedia del fracaso escolar, pero en matemáticas apenas llegaba al mínimo y había tenido que matricularme en una optativa de reparación básica de ordenadores. De hecho, las matemáticas eran lo primero que nos separaba a Metzger y a mí desde tercero.

El señor Ryan sacudió la cabeza.

—Infantería. Más te vale pasarte el mes que te queda poniéndote en forma.

Me pasé el mes siguiente engullendo Prozac para olvidarme de mamá, bebiéndome la prima de reclutamiento con un carné falso, durmiendo y descargando pornografía de Internet. El resto del tiempo lo perdí.

El día antes de partir fui hasta la oficina de reclutamiento para recoger el pasaporte militar. En ese momento, salía de allí un tipo vestido con un uniforme de cadete de la Fuerza Espacial. Mono caqui, botas altas y bufanda azul real. A pesar de la penumbra, molaba de verdad.

—¡Wander! —Era Metzger. Se sonrojó—. He oído que... esto... que te alistaste después de...

Metzger era algo así como mi mejor amigo, pero no habíamos hablado desde mi expulsión, cuando agredí al agente.

—No pasa nada. —Me encogí de hombros. ¿Qué podía decir él? No era culpa suya tener todavía padres y una vida. No sé si yo lo hubiera llamado de haber sido al revés. Mamá me habría dicho que los varones adolescentes forman amistades disfuncionales y que me olvidara de todo—. ¡Fíjate! Yo pensaba que solo los delincuentes con un mandato oficial podían alistarse sin haberse graduado.

—Si tienes las notas lo bastante altas y tus padres te autorizan puedes entrar en la academia de Oficiales de la Reserva mientras acabas el instituto. Después de la graduación... —Unió las manos e hizo el gesto de volar al cielo.

El ejército ya estaba disparando misiles desde la Tierra e interceptando algunos proyectiles. Pero en cuestión de meses habría interceptores, en realidad transbordadores espaciales adaptados, patrullando el espacio entre la Luna y nosotros. Iba a ser una holofantasia hecha realidad. Metzger tenía éxito en todo, pero en los holojuegos era el mejor que nadie hubiera visto. Decían que los buenos reflejos en los holojuegos presagiaban a un buen piloto de interceptor.

—¿Y qué has escogido, Wander? ¿Piloto de helicóptero?

A veces Metzger actuaba como un adulto. Con tacto. Los dos sabíamos que yo no llegaba al nivel de matemáticas para estar a su lado. Los helicópteros de ataque eran lo segundo mejor.

Le di con un dedo a su cordón trenzado azul.

—La escuela de pilotos es para maricas.

—¿Y? ¿Entonces, qué?

Dos chicas pasaron junto a nosotros. La rubia miró a Metzger de arriba abajo y le susurró algo al oído a su amiga.

Él sonrió ampliamente. Las chicas siempre miraban así a Metzger. Y ahora además era como Luke Skywalker. Puse los ojos en blanco, y luego miré con ojos entornados el Sol gris.

—Infantería.

—Infantería. —Parpadeó—. Está muy bien. De verdad. —Miró los árboles desnudos—. ¿Cuándo te vas?

—Mañana por la mañana.

—Supongo que habrás estado poniéndote en forma.

—Naturalmente.

—Esta noche tenemos que emborracharnos.

En la oscuridad de la mañana siguiente yo estaba desparrado, con resaca, en la terminal del aeropuerto, observando por la cristalera el transporte que había aparcado fuera. Tenía el tren de aterrizaje bajado y estaba pintado

de un gris como el de todos los amaneceres que había habido desde el comienzo de la guerra.

Yo nunca había visto un avión de hélice fuera de un museo. Pero los motores a reacción absorbían tanto polvo ambiental que reventaban por dentro. Ya se habían estrellado dos Jumbos, así que la flota comercial dejó de funcionar y se convirtió en chatarra de aluminio. Ahora, todos los aeropuertos eran militares.

El polvo también se comía los motores de hélice, pero los ingenieros habían adaptado filtros para que las viejas cafeteras que estaban almacenadas por ahí pudieran funcionar. Debajo de las góndolas de los cuatro motores colgaban unas bolsas parecidas a ubres.

Me froté las sienes, que me dolían muchísimo. Metzger y yo habíamos comprado cerveza, ido en coche al campo y secuestrado una cabra, que luego habíamos soltado en el comedor de la escuela. Idea de Metzger, como siempre. El atrevimiento aventurero era otro rasgo valorado positivamente en los pilotos de caza.

Me volví hacia el tipo que estaba a mi lado, con pinta de tener una resaca como la mía.

—¿Crees que esa vieja cafetera es segura para volar?

Grande y negro, estaba despatarrado como los otros cincuenta de nosotros, en una silla de la sala de espera.

Puso mala cara.

—¿Cafetera? ¿Un Hércules? ¡En sus tiempos el C-130 era un avión magnífico!

Otro flipado de los nombrecitos y las cifras. Esos reclutas querían alistarse de verdad. Yo era el único cuerdo.

—¡Recoged los petates, señoritas! —El cabo del avión era más fanático que los reclutas. Los cincuenta nos pusimos en pie, nos desperezamos, gruñimos y babeamos. Si estar apiñados como un rebaño servía para ganar la guerra, íbamos a armarla de verdad.

Subimos a bordo y despegamos. Lo bueno del Hércules, aparte de que no se estrelló, era que hacía tanto ruido

como un cubo de basura rodando por una calle empedrada. Ninguno de los flipados me molestó en mi desgracia. Aterrizamos dos veces para cambiar las bolsas de los filtros y dimos contra la pista de aterrizaje —y no lo digo metafóricamente— por última vez a eso del mediodía, hora local. Dondequiera que fuese.

—¡Recoged los petates, señoritas! ¡Bienvenidos a Indiantown Gap, Pensilvania!

Aquello sonaba a civilización. No era Groenlandia, la jungla o ningún otro sitio raro.

La rampa trasera del avión se abrió y la Antártida entró silbando. Para cuando nos hicieron bajar la rampa y nos alinearon en cuatro filas en el agrietado asfalto lleno de hierbajos de la pista de aterrizaje, mis dientes castañeteaban con tanta fuerza que me temblaban los ojos. Pensilvaniano era tan civilizada.

—¡Pelotón! ¡Fi-irmes!

Yo había visto suficientes películas de guerra remasterizadas a holo para saber que aquello significaba estarse erguido y quieto. Como cuando tu madre te apoyaba contra la puerta para marcar tu altura con un lápiz. Menuda mierda.

El viento hizo revolotear unas hojas resacas sobre la nieve mientras se llevaba los últimos gases de los tubos de escape del Hércules. Alguien tosió.

Yo miraba al frente. Indiantown Gap se componía de colinas cubiertas de nieve y alfombradas con esos bosques grisáceos de árboles de hoja caduca que alguien de Colorado, acostumbrado a oler pinos, rara vez veía.

—Deberíamos habernos unido al ejército hawaiano —le dije al grandullón negro del aeropuerto.

Se echó a reír.

No era mi mejor chiste. Una vez hice que Metzger echara la leche por la nariz mientras almorzaba con una animadora.

—¿Cómo se llama, recluta? —La voz tronó detrás de mí y me puso el vello de la nuca de punta.

—¿Yo, señor?

—¿Señor? ¡Es a los oficiales a quienes hay que dirigirse como «señor»!

Se puso delante de mí y me miró a los ojos tan de cerca que pensé que me iba a dar en la frente con el ala de aquel sombrero marrón de *boy scout*. Tenía el rostro curtido y era tan viejo que tenía canas hasta en la pelusilla de las orejas. Sus ojos eran grises y más fríos que Indiantown Gap.

—¡Soy el sargento instructor Ord y así es como se dirigirá usted a mí! ¿Nombre?

Se le escapó una salivilla de la boca, que se congeló antes de dar contra mi mejilla y rebotar.

—¡W-Wander, sargento instructor!

—Recluta Wander. —Hizo una pausa. Estaba hablando a gritos para que todo el mundo pudiera oírlo, a pesar del viento.

Me apuesto a que seguía esta rutina con todos los grupos que llegaban. Y a algún pobre pringado —yo en este caso— le tocaba servir de ejemplo. Quizá volví los ojos al pensar eso.

—¡En posición de firmes se puede parpadear, tragar y respirar! ¡No se pueden hacer chistes, volver los ojos, ni bailar la Macarena!

¿La qué? Con aquel viento yo temblaba como un Pontiac mal ajustado.

Se apartó y cruzó las manos en la espalda.

—El pelotón se pondrá a cubierto de esta leve brisa tan pronto como usted asuma correctamente la posición de firmes, Wander.

Pude sentir el odio de todas las personas que estaban heladas sobre aquel asfalto. Era muy injusto. No podía estarme quieto. El temblor era un reflejo involuntario. Yo no había hecho nada. Bueno, igual tendría que haberme callado.

Me estaba congelando dentro de mi forro polar. El sargento instructor Ord solo llevaba la camisa de algodón

del uniforme —verde oliva con manchas de camuflaje—, y unos pantalones sin remeter en unas botas con cordones que brillaban como el cristal. Y aquel estúpido sombrero. Pero iba y venía como si estuviera en la piscina.

Probablemente fueron tres minutos, pero a mí me parecieron treinta hasta que el cuerpo se me embotó de frío y dejó de temblar.

Ord nos miró con las manos a la espalda y se balanceó sobre sus botas.

—Muy bien. Cuando dé orden de romper filas, se echarán los petates al hombro, se volverán hacia la derecha e irán a paso ligero hasta el edificio de intendencia. — Señaló un cobertizo pintado de blanco que se veía en el horizonte. No estaría a más de cuatrocientos metros, pero parecía como si se encontrara en otro estado.

Alguien gimió.

—Allí recibirán una comida caliente y se les entregarán sus uniformes, chaquetones incluidos. Descubrirán que son la mejor protección contra el frío jamás inventada.

—Por Dios, vamos ya —susurró alguien.

Ord se hizo el sordo.

—A los contribuyentes de este país, a quienes tenéis el privilegio de defender, no les han salido baratos.

El viento aulló.

Alguien gimoteó con los dientes apretados.

—Si no se me hubiera helado la churra me estaría meando en los pantalones.

De haberlo hecho, todos estaríamos tratando de calentarnos las manos en el chorro.

Ord ignoró aquel y todos los demás susurros. Me apuesto a que los contribuyentes se enfadarían al saber que le estaban pagando a Ord para que la tomara con un huérfano al que habían obligado a alistarse en el ejército.

—¡Rompan filas!

Evidentemente, en jerga militar «a paso ligero» significaba «en estampida». De haber sabido lo que venía a partir de entonces, hubiese corrido en dirección opuesta.